

Eusebio Leal: salvaguardar La Habana

Mireya Goñi Camejo

Profesora. Escuela Internacional de La Habana.

Al triunfo de la Revolución, este habanero nacido en el corazón de la ciudad—el barrio de Cayo Hueso— era el empleado más joven del Museo de la Ciudad. Allí conoció a Emilio Roig de Leuchsenring, historiador de la ciudad. En 1967, debió asumir la responsabilidad de continuar el sueño de su maestro: reconstruir y conservar todos los bienes de la zona antigua de la Habana, en la Plaza de la Catedral, y convertir el edificio que hoy ocupa la Oficina del Historiador en un museo. Trabajó devotamente y poco a poco fue apareciendo «El hombre del museo de La Habana». Según sus propias palabras, el museo se encargó de convertirlo en el historiador.

Hace unos quince años, recién graduada de la carrera de Letras, tuve la oportunidad de entrevistar al maestro Eusebio Leal. De aquel encuentro salieron quince folios llenos de información que debían ser reducidos a ocho. En aquel momento, me parecía todo demasiado valioso e importante; así fue como la inexperiencia, la falta de pericia y el no querer omitir ni una palabra, impidieron que saliera a la luz una entrevista que ahora quisiera retomar para comenzar una nueva que finalmente verá la luz. Hablábamos, entre otras cosas, de la ciudad, de la enseñanza de la historia, de la restauración.

Mireya Goñi: *En conversaciones recientes, usted me comentaba que los documentos de nuestra entrevista anterior eran*

« materiales que constituyen un recuerdo de aquellos años en que se forjaron los grandes empeños para la restauración del Centro Histórico. Aquellas experiencias fueron alcanzadas en el largo período que va desde diciembre de 1967 hasta octubre de 1979. Fueron casi doce años de labor en la antigua Casa de Gobierno, Palacio de los Capitanes Generales, en la Plaza de Armas». ¿En los 90 habría comenzado otro ciclo? ¿Estamos en un nuevo período de forja para la ciudad?

Eusebio Leal: Sin la experiencia y el esfuerzo de aquellos años, que van desde diciembre de 1967 hasta octubre de 1979, sería imposible pensar en el Centro Histórico de estos días. Las raíces de nuestro desempeño actual se plantaron entonces. El legado de Emilio Roig de Leuchsenring había sobrevivido al paso del tiempo y era visible en los empeños por refundar la Oficina que creó, al rescatar inicialmente la Casa de Gobierno, otrora Palacio de los Capitanes Generales.

En extraña, pero lúcida paradoja, los años 90—durante los cuales la nación se enfrentó a una de las más extremas circunstancias económicas—, constituyeron el inicio de la definitiva solución para la Habana antigua. Se trataba de dejar perecer un legado

cultural invaluable, reconocido por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad o de asumir, de modo inteligente y con urgencia, la salvaguarda de esa heredad.

El impulso final para dotar a la restauración del Centro Histórico de La Habana de un respaldo financiero, basado en la autogestión, y de los necesarios instrumentos legales, fue sin dudas el Decreto Ley 143, de octubre de 1993. El Estado cubano nos confirió así el estatus de zona priorizada para la conservación.

Comenzó entonces una reestructuración de la Oficina que implicó crear un sistema empresarial, las distintas direcciones especializadas de Arquitectura Patrimonial, Monumentos, Proyectos, Patrimonio Cultural, el Plan Maestro como regente y planificador de nuestro trabajo, y una infraestructura turística que sustentan nuestro empeño mayor: devolverle la vida al patrimonio edificado y auspiciar a la vez muy diversos proyectos socioculturales, pues en definitiva, son los pobladores de esta zona los verdaderos protagonistas y destinatarios de cuanto esfuerzo realizamos a diario.

Soñamos con el mejor destino para nuestra ciudad, y trabajamos con denuedo por conservar sus encantos, avizorando el futuro. Lo importante es no olvidar, rescatar nuestra memoria colectiva a cada paso y estar conscientes de que las generaciones venideras nos juzgarán por aquello que no hicimos en aras de preservar un espacio clave de la historia patria.

M. G.: *Su trabajo como historiador no se ha limitado solo a esto, sino a enseñar, conservar, escribir y a desempeñar múltiples funciones, más allá de los límites del Centro Histórico; además ha vinculado la historia de la ciudad a la restauración de manera práctica y sistemática. ¿Qué ha aportado a la ciudad y a Eusebio Leal esta combinación profesional como historiador-restaurador?*

E. L.: Pienso en Roig y su sueño de una Habana preservada para las generaciones venideras. Evoco su lucha y constante esfuerzo para salvaguardar los bienes y tradiciones que nos pertenecen como habaneros y como cubanos. Entonces siento que me ha sido concedido un privilegio a otros negado por muy diversas circunstancias. En aquellos años era imposible soñar con una Oficina del Historiador como esta que nos ha tocado conducir y contar con un apoyo constante de la máxima dirección del país. He dicho en otras ocasiones que sería imposible materializar toda la obra social, cultural y patrimonial del Centro Histórico, en una sociedad de otro tipo. El socialismo es nuestro fundamento y la clave para la acción. Otros soñadores, en otras ciudades Patrimonios de la Humanidad como esta, ven reducidas las posibilidades de un ejercicio sistemático de rehabilitación porque no cuentan con el apoyo gubernamental ni con los instrumentos necesarios para conservar vivo ese patrimonio heredado.

Como historiador de oficio, haber sobrepasado los límites del mero ejercicio académico y tocar con mis manos las piedras, bruñir los herrajes de un portón antiguo; asistir a los innumerables descubrimientos arqueológicos de esta zona de La Habana; contemplar de cerca y acariciar las banderas que simbolizaron los anhelos patrióticos e independentistas de Cuba; diseñar y ver crecer un modelo de gestión para el Centro Histórico que toma a sus pobladores como eje y esencia de todo accionar, ha sido, te reitero, un privilegio que sé —y lo valoro en sus prerrogativas—, es poco frecuente.

Si he aportado algo a nuestra ciudad, no me está dado a mí definirlo. Muchos han entregado hasta el último aliento a esta Habana nuestra, desde una consagración de tales dimensiones que sería hasta ingenuo resumirla en un solo nombre o en un solo ser.

La Habana es el resultado de la creatividad, el ingenio y la huella profunda que sus pobladores y visitantes le han marcado desde los tiempos fundacionales. Si en algo quisiera que me distinguieran, sería en haberle sido fiel en cuerpo y alma.

M. G.: *En La Habana Vieja existe la Escuela de Oficios, gracias a la cual se han rescatado no solo habilidades que estuvieron a punto de perderse, sino también obras de arte y elementos patrimoniales importantes. Esta escuela ha sido una parte del gran proyecto de desarrollo de la ciudad, cuyo componente social ha sido protagonista. ¿Cómo ha repercutido todo esto en los jóvenes y el resto de la población que vive en el entorno de renovación del Centro Histórico?*

E. L.: Como sabes, en su preocupación permanente por las necesidades culturales y materiales de la gente y en representación del Estado cubano, cuya voluntad política es el mayor estímulo a nuestra gestión, la Oficina del Historiador, en una labor coordinada con las autoridades locales, trata de incidir en el mejoramiento de las condiciones de vida de los pobladores de esta zona. Son disímiles los espacios abiertos al empleo en este entorno, que redundan en el beneficio de quienes se consagran a una profesión u oficio.

En ese sentido, la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos, fundada gracias a la cooperación internacional, vino a resolver una exigencia del proceso de restauración: la formación de expertos en los más diversos oficios relacionados con la conservación del patrimonio edificado. Así se han graduado y estudian, bajo la tutela de los más experimentados maestros de oficios, los ebanistas, restauradores de pintura de caballete y mural, herreros, vitraleros, yeseros; jóvenes todos que encuentran así un porvenir de gran utilidad.

Con el tiempo, la escuela taller que nació en aquel momento gracias a la cooperación internacional, ha crecido y se multiplica con nuestros propios esfuerzos,

no solo en la capacidad de matrícula, sino también en los inmuebles que vamos destinando a sus funciones. Los jóvenes que allí se forman encuentran un espacio de trabajo inagotable en las obras de restauración que acometen las empresas constructoras de la Oficina y en el ejercicio del mantenimiento de lo ya rescatado, porque tan importante es rehabilitar como preservar sistemáticamente lo que costó grandes sacrificios y recursos a la nación.

M. G.: *El proceso de restauración ha ido llegando a diferentes espacios, como las escuelas por ejemplo. En el centro histórico hay grandes posibilidades de relacionar el currículo académico con un mundo histórico y cultural muy real y concreto. ¿Se ha logrado vincular la enseñanza de la historia con la historia de la ciudad?*

E. L.: La escuela es un eslabón fundamental en esta cadena de acciones encaminadas a devolverle su antiguo esplendor a La Habana Vieja. Como se trata de un Centro Histórico habitado —cosa poco común en otros de su tipo en el mundo—, es vital que desde las primeras edades inculquemos el amor por las tradiciones propias, el conocimiento de la historia y la cultura no solo de Cuba, sino también el legado universal.

Quizás, en un gesto signado por la precariedad de los inmuebles donde estaban las escuelas entonces, surgió una iniciativa que ha sido reconocida por expertos de muy diversas latitudes y por organizaciones como la UNESCO. El aula-museo fue una solución que, en un primer momento, se debió al tránsito de los estudiantes por otros espacios docentes hasta tanto reparáramos sus escuelas. Sin embargo, esa práctica, en un inicio condicionada por circunstancias que ya superamos, ha quedado entre nosotros como una forma de sistematizar el contacto, desde las edades más tempranas, con los tesoros de nuestro patrimonio. El niño puede ver, tocar cuando sea posible, familiarizarse él e incluso conducir a su familia por las diversas salas museales convirtiéndose, a la vez que aprendiendo, en un promotor del cuidado y la preservación del patrimonio de la nación.

De esa manera, la historia de la ciudad, del país y del sitio donde han crecido es una presencia temprana y permanente en sus vidas, lo cual fortalece esos sentimientos de amor a la ciudad y su devenir.

El área del Centro Histórico ha resultado un espacio de referencia para la enseñanza en los diversos niveles académicos. En breve, el Colegio Universitario San Jerónimo de La Habana, ubicado en el antiguo monasterio San Juan de Letrán, que albergó en 1728 a la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo, convertirá en *campus* universitario a bibliotecas, museos, centros culturales y de arte, edificaciones rescatadas de la ruina, otras en proceso de rehabilitación y a todas las instituciones de la Oficina del Historiador.

Esa alta casa de estudios, asociada académicamente a la bicentenaria Universidad de La Habana, se convertirá en símbolo egregio de nuestra fe en la enseñanza como valor supremo del ser humano.

M. G.: *¿Se relacionarán ambas escuelas, el Colegio de San Jerónimo y la Escuela de Oficios? ¿Cómo piensa que cada cual cumpla el objetivo de mantener el desarrollo académico, y el rescate y conservación del patrimonio, las tradiciones, la cultura, la relación con los niños, las familias, es decir, con todo lo que incluye el proyecto de La Habana Vieja? ¿Complementará el Colegio de San Jerónimo lo logrado con la Escuela de Oficios?*

E. L.: Por supuesto. El Colegio Mayor es el resultado de muchos años de conocimientos acumulados y de experiencias que pasan por el surgimiento y desarrollo de nuestra Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos. Hubo un tiempo en que los oficios relacionados con la restauración estaban casi perdidos. Tuvimos que cultivar en los más jóvenes el amor por la herrería, la ebanistería, la pintura mural, los vitrales... revivir una herencia tan importante para la nación, transmitida de generación en generación, sin la cual sería imposible el rescate de la ciudad.

Con el paso de los años, esos propios jóvenes que han egresado de nuestra escuela y otros que se han asociado al trabajo de rehabilitación integral del Centro Histórico, sienten la necesidad de crecerse académicamente, al tiempo que el ejercicio diario de salvaguarda del patrimonio asentó una serie de experiencias que nos colocan ante la necesaria sistematización del conocimiento adquirido.

En perfecta congruencia con la política de la nación, de extender y universalizar la enseñanza universitaria, el Colegio Mayor de San Jerónimo vendrá a complementar y desarrollar el pensamiento científico en torno al patrimonio cultural e histórico. Los trabajadores de la Oficina del Historiador encontrarán una plataforma académica de excelencia para todo tipo de cursos de posgrado, y vendrán de otros sitios del país y del mundo aquellos interesados en nuestra experiencia como praxis y gnosis. La práctica y el conocimiento irán de la mano en esa alta casa de estudios que pretendemos se constituya en una fuente inagotable de sabiduría.

M. G.: *Los trabajos de restauración de la llamada Habana Antigua han acondicionado esta parte de la ciudad en función de la recuperación de la historia, las tradiciones, la cultura, así como han garantizado un eficiente trabajo social, y también la han convertido en uno de los más atractivos centros turísticos de la capital. ¿Cómo responden los habaneros a las opciones turísticas y culturales de su entorno?*

E. L.: No hay panorama más enaltecedor que el de un domingo en la mañana, cuando las familias cubanas

pasean plenas de gozo por las calles de La Habana Vieja, disfrutando de esta ciudad, de su historia y cultura, bienes todos que les pertenecen. Ya se ha hecho tradición que no solo los habaneros, sino gente de cualquier sitio de Cuba, vengán al Centro Histórico y hagan un tiempo para conocerlo y apreciarlo. Nuestros museos, galerías, bibliotecas, salas de concierto son visitados frecuentemente por los cubanos que encuentran aquí muy diversas opciones, porque hemos desarrollado un programa cultural que cuenta con el apoyo de muchos artistas e instituciones del país. A esos cubanos los guía en sus visitas un profundo sentido de pertenencia y el sano orgullo que sentimos todos al ver que vamos ganando una batalla contra el tiempo y la desmemoria.

Siempre hemos defendido la práctica de que el turista que llega de otro país no vendrá a La Habana para asomarse a una vitrina del pasado, ni para contemplar, como si se tratara de un espejismo, lo que otrora fuimos. En La Habana, la vida cultural es tan real como sus piedras. Quienes la habitan no son una invención ni un cortejo de maniqués diseñados para complacer al forastero. El visitante de otro lugar del mundo que llega al Centro Histórico, puede apreciarnos tal cual somos, con nuestras virtudes y defectos; pero nunca podrá afirmar que le hemos construido una «realidad» turística como suele suceder en otros sitios, cuya población oriunda ha sido desplazada por la especulación inmobiliaria. En definitiva, trabajamos cada día, con intensidad, por y para nuestra gente.

M. G.: *¿Podría ser esto un punto de partida, un modelo, una propuesta para llegar a la parte de la ciudad que no es el Centro Histórico? ¿Cómo podría desarrollarse un proyecto similar al de La Habana Vieja, en el que el desarrollo se complemente con un atractivo turístico importante que a su vez reporte beneficios para la continuidad de ese proyecto?*

E. L.: Más que modelo, prefiero que nuestra experiencia constituya un estímulo para quienes se esfuerzan por preservar una ciudad patrimonial en cualquier sitio del mundo. La UNESCO nos ha considerado en ese sentido y ha propuesto que se tome en cuenta nuestra gestión en el Centro Histórico de La Habana como una referencia para el ejercicio integral de la restauración, donde lo social, lo histórico, lo turístico, lo cultural, dialogan armoniosamente.

En otras villas fundacionales de Cuba se despliegan hoy experiencias similares a la nuestra. Lo verdaderamente valioso es que cada una de ellas ha contemplado la obra de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana con admiración y respeto, pero sin afán mimético. Cada una tiene su modo de actuar, adaptándose a las realidades locales.

Nunca he creído en fórmulas y mucho menos en materia tan delicada como la restauración del patrimonio de una ciudad viva, cuyos pobladores se cuentan entre los protagonistas del proceso. Creo en el compromiso y la sensibilidad de quienes, aun en las peores circunstancias, defienden con vehemencia esta causa, comprometen voluntades y talentos, y logran al fin que la tan necesaria belleza emerja como premio a la persistencia.

M. G.: *Me habla de otras villas; sin embargo, ¿qué pasa con la parte de la ciudad de La Habana que no pertenece al Centro Histórico? En su opinión, ¿qué ocurrirá con barrios otrora majestuosos, beneficiados, con larga y bella historia, cultura y arquitectura como El Cerro o El Vedado, por ejemplo?*

E. L.: Seguramente sabremos salvarnos de la destrucción y el olvido. Cada barrio habanero posee su historia propia, su arquitectura particular, sus tradiciones y costumbres. La *habaneridad* nos define en mucho, pero también somos hijos del barrio y así puedes reconocer la identidad de un vecino de El Vedado o de El Cerro, por solo citar dos de ellos. No podemos olvidar las carencias y dificultades que supuso para la nación ese difícil período en el que apenas sobrevivimos tras el colapso de la Unión Soviética y el llamado bloque socialista. Se trataba de alimentar a un país, cuidar de la salud de su gente, sostener la universalización de la enseñanza y emplear lo poco con que contábamos en salvar a la ciudad de ese letargo en que se vio sumida. Gobernar es también el arte de definir las prioridades de una nación y su gente.

Por otra parte, no hay que olvidar que en ese difícil instante fue cuando el gobierno central corroboró que no se vendería ni una sola obra de nuestro patrimonio, al tiempo que nos concedió la posibilidad de desarrollar la autogestión de recursos para la rehabilitación del Centro Histórico.

Creo que si no existiera una voluntad política respecto al patrimonio, tendríamos que sentarnos a lamentar el deterioro y el derrumbe de la ciudad toda, pero a pesar de las limitaciones económicas que nos asisten como país, hemos ido empleando recursos en preservar la ciudad. Quizás la prioridad haya sido su zona más antigua, pues se trata sin dudas de un punto neurálgico de nuestra historia urbana, de gran trascendencia no solo para Cuba, sino para la humanidad. Poco a poco van renaciendo ciertos edificios valiosos en las zonas más modernas y no dudo en afirmar que encontraremos las soluciones y vías posibles para el rescate de La Habana toda, y digo las soluciones, porque no creo en fórmulas únicas y sí en una multiplicidad de variantes y acciones que emprender para recuperarla.

Los expertos de otros lugares del mundo que nos visitan frecuentemente nos hablan con gran admiración sobre el hecho de que La Habana ha sobrevivido en el tiempo y se ha mantenido en pie, a pesar de todos los inconvenientes que supone la escasez de recursos o las más extremas contingencias naturales. El mar es nuestra bendición y a la vez sus aires salinos, corrosivos, su fuerza temible, destruyen a cada paso lo que tocan.

Sin embargo, nuestra persistencia no tiene límites. Otros habrían derrumbado de una vez los vetustos edificios, se habrían resignado a la pérdida, pero en la mayoría de nosotros ha prendido ese sentido de preservación de una identidad que nos define y enorgullece. Y digo en la mayoría porque, si del rescate de la ciudad se trata, no podemos olvidar que quienes la habitamos somos altamente responsables de su conservación. La conciencia ciudadana, esa civilidad necesaria, debe primar en nuestros actos cotidianos. De nada valdría que nos desgastáramos una y otra vez en devolverle el lustre a La Habana si, a cada paso, quienes la vivimos no la cuidamos con el mismo celo que a una prenda propia.

M. G.: *Usted ha visto un largo período de vida de esta ciudad, ¿cómo ubicaría a La Habana en el mundo actual? ¿Cómo la calificaría después de ser, según algunos, una de las más bellas ciudades de América Latina en los 50; después de un avance significativo en los años 70; después de un Período especial; y en un momento como el actual que pide espacio, renovación, cultura, mantenimiento y rescate de valores?*

E. L.: «Habana a tus pies»... habría que decir como el poeta y reverenciarla como a una bella dama. Es, sin lugar a dudas, una de las ciudades más hermosas, que ha arrancado desgarradores versos de amor y nostalgia a los viajeros, a los artistas. Ciudad que encontró asiento final de cara al Puerto de Carenas, con una ubicación estratégica que la convirtió en eje del comercio de la metrópoli con el Nuevo Mundo. En ese privilegio creció como una villa a donde vinieron a recalar las más diversas culturas y tradiciones.

Es cierto que se la describió con justicia como una de las más bellas ciudades de Latinoamérica en los años 50 y que siguió avanzando en el tiempo hasta que el Período especial limitó las posibilidades de conservación y ejecución de nuevas construcciones, pero la ciudad está. Se salvó de la especulación inmobiliaria que hubiera arrasado con su tipicidad y su rostro tradicional, al estilo de algunas urbes latinoamericanas de cuyos centros históricos solo se preservan muy pocos elementos. Se salvó del deterioro visible tras estos años difíciles. La Habana quedó y sigue causando la admiración de los expertos, arquitectos, urbanistas de todo el mundo, como un ejemplo de conservación de los más diversos estilos arquitectónicos y urbanísticos. Basta recorrer su litoral para asistir al

más increíble muestrario de estilos y formas según avanzaron los siglos.

En estos momentos la contemplo como una urbe que bajo el velo del deterioro nos va revelando sus encantos nuevamente y ya sea por el avance de su Centro Histórico o por las acciones de mantenimiento y restauración que se realizan en diversos puntos y barrios, nos ofrece una visión muy esperanzadora.

Has hablado del rescate de valores y, más que las acciones constructivas y de mantenimiento crecientes, debemos insistir en la cultura ciudadana, en esa ética necesaria para con la ciudad y los conciudadanos. La disciplina, el respeto al prójimo, a los monumentos y parques públicos, a lo recién recuperado —conscientes del esfuerzo que representa para la nación—, el culto a la belleza y la limpieza, tan primordiales como el culto a la solidaridad y la justicia social, deben entronizarse en nuestra vida cotidiana.

Se nota un fuerte movimiento de civilidad en ese sentido, que va acompañando los esfuerzos gubernamentales por restituir cierto orden de cosas en la ciudad. Y el solo hecho de que en el debate público comience a ganar fuerza un tema tan sustancial, nos da la medida de que en la cruzada contra la chabacanería y el irrespeto a la propiedad colectiva, el caos urbanístico, las intervenciones arquitectónicas desatinadas, no estamos solos. Todos los amantes de La Habana, los que nacimos aquí, los que llegaron de muy diversos lugares de Cuba y han desarrollado un sentido de pertenencia a la bien llamada capital de todos los cubanos, apoyan esta voluntad política de resaneamiento y prosperidad. La Habana es una ciudad histórica, patrimonial y clave a la hora de definirnos en nuestra cubanía. Por eso nuestro deber de patriotas es salvaguardarla para quienes nos sucedan en el tiempo, y entregársela a nuestros descendientes cual prenda de gratitud, por habernos cobijado, amantísima.

M. G.: *¿Hay algo más que siente que le gustaría hacer en La Habana, la ciudad que lo vio nacer y a la que ha dedicado sus energías, su voluntad y su talento?*

E. L.: He dicho en otras ocasiones que si me fuese permitido, viviría otras vidas para ver realizado el sueño de una Habana en total esplendor. Si algo me gustaría, en esta vida que me ha sido dada, es poder asistir el mayor tiempo posible a esa resurrección de una ciudad que, como bien dices, sigue robándome a diario —sin que haya queja alguna de mi parte por sus exigencias— todas las energías, y poniendo duras pruebas a mi voluntad de servirla.